

AGENDA CIUDADANA

UN TRUEQUE PERVERSO: ORO POR CACAHUATES

Lorenzo Meyer

En Vez de Cambio, Restauración.- Ahora queda claro que el nuevo 1988 se empezó a preparar de tiempo atrás. Esta vez se decidió que el resultado de las urnas no volvería a tomar por sorpresa a los dueños del poder. En vez de “ratones locos” o “caída del sistema” como hace diecisiete años, se debía usar algo más sofisticado: primero dar forma a un IFE donde sólo tuviera presencia el duopolio PRI-PAN para, más tarde, proceder a la “inhabilitación patriótica” del único candidato viable de la izquierda. De esta manera, se supone, en el 2006 el resultado será equivalente al de 1988, pero más “limpio”, pues llegada la hora de las urnas, la izquierda simplemente no tendrá ninguna posibilidad. Y es que a la ambición de algunos se le ha sumado el miedo de las cúpulas políticas, empresariales, eclesiásticas e intelectuales, un miedo que viene de muy atrás: desde que el virrey fue sorprendido por los resultados de aquellas primeras elecciones que se hicieron bajo el marco de la constitución de 1812. Para los responsables de hoy, es preferible una elección sin contenido ni legitimidad, y aunque desemboque en el retorno del PRI, a la verdadera incertidumbre democrática, pues en un país sin crecimiento económico y desigualdad extrema, la democracia política puede dar el triunfo a la izquierda.

De hacerse realidad el proyecto diseñado desde lo alto del poder, en treinta y ocho años el proceso político recorrería un camino que llevaría de la transición a la restauración. En efecto, del 68 al 2000, la sociedad mexicana hizo un enorme esfuerzo para expulsar al PRI de “Los Pinos” por la vía de la protesta en las calles primero, de la acción armada después y, finalmente, de la exitosa movilización electoral. Se logró el objetivo, pero la impericia, la pusilanimidad, los miedos, los egoísmos e intrigas de alcoba de quienes

ganaron entonces el poder en las urnas –Vicente Fox y el PAN--, combinadas con la astucia del PRI, la inercia, el conservadurismo nada ilustrado de los que concentran la riqueza, más la eliminación, quizá formalmente legal pero no justa, de la candidatura de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), acercan cada vez más al PRI a la reconquista del poder.

El PRI de hoy se mantiene en manos de una vieja guardia formada enteramente en los tiempos del autoritarismo, por lo que ese partido sigue siendo, en su esencia, lo que siempre ha sido: una organización antidemocrática y corrupta, por dentro y por fuera. Es verdad que la sociedad nacional e internacional han cambiado, y que los instintos antidemocráticos del PRI estarían acotados por el entorno, y que el futuro no tiene que ser una repetición del pasado. De todas formas, el retorno a la presidencia de un PRI que sigue fiel a su origen –por ahora nadie le da mayores posibilidades al PAN de retener el poder en el 2006-- siempre será peligroso para la democracia.

La teoría de la transición democrática previó un desenlace como el que ya se vislumbra en el horizonte político mexicano. Esa teoría siempre sostuvo que el triunfo de la democracia, como el que ocurrió en México hace cinco años, nunca está asegurado, puede ser reversible, sobre todo en sus primeras etapas, cuando el nuevo régimen no ha echado raíces y mucho de lo viejo subsiste, que es justamente nuestro caso. En efecto, Vicente Fox y los suyos se negaron a dar la puntilla al PRI cuando estaba derrotado y de rodillas y, en cambio, le invitaron a “cogobernar el cambio”. El resultado es que ese cogobierno ya es una realidad, pero no para ahondar en el cambio, sino para marchar a la restauración.

En la búsqueda de una explicación lógica en torno al proceso iniciado por el gobierno federal en contra del Jefe de Gobierno de la Ciudad de México en mayo del 2004, no queda más que reducir toda la complejidad a una dicotomía: o bien se trata de una cadena de errores y malas decisiones o de la primera maniobra realmente maquiavélica del

presidente Vicente Fox --que hasta el inicio del 2004 había navegado bajo la bandera de la ingenuidad. Cada vez más, la segunda explicación es la que aparece como plausible. En cualquier caso, es claro que al buscar asegurar en algún tipo de derecha el sexenio 2006-2012, el capitán de la nave del Estado decidió, en la parte final del sexenio, llevarla por una ruta innecesariamente peligrosa: una fuera de la lucha electoral legítima, es decir, con opciones reales, significativas y donde efectivamente se dejara la última palabra al elector.

Lo que está en Juego.- Un colaborador del presidente Fox, Francisco Barrio, aseguró hace tiempo que al inicio de su mandato, el presidente afirmó que él no estaba dispuesto a llevar adelante una política que trocara lingotes de oro por cacahuates. La frase se pronunció en el contexto del rechazo presidencial a negociar el oro moral que significaba imponer un castigo ejemplar de los dirigentes del sindicato de PEMEX que, supuestamente, desviaron ilegalmente más de un millar de millones de pesos que le habían sacado a la gran empresa paraestatal, para pasárselos al PRI como contribución ilegal a la campaña presidencial fallida de Francisco Labastida en el 2000. Los supuestos cacahuates eran ni más ni menos que la posibilidad trocar el desistirse de la acción penal contra los líderes petroleros por el apoyo del PRI en el Congreso a su propuesta de reforma fiscal. Al final, todos lo sabemos, el presidente maniobró de tal manera que se quedó sin lingotes y sin cacahuates. Fox nunca logró la reforma fiscal que buscaba --por eso tiene que seguir desangrando con impuestos excesivos a la industria petrolera-- y el liderazgo corrupto del sindicato de PEMEX sigue disfrutando de su tradicional impunidad.

Como candidato, Fox sostuvo que la suya sería una política de naturaleza muy diferente de la del viejo régimen, una guiada por consideraciones éticas, justamente la que se requería para que el mexicano que apenas en el siglo XXI había podido estrenarse realmente como ciudadano, se quitara la coraza de cinismo que había adquirido con el

correr de los siglos y viera a la política como una actividad digna, que le competía y le comprometía. La realidad ha terminado por ser muy distinta o, mejor dicho, ha mostrado que sigue siendo la de siempre. La decisión de buscar a como de lugar el desafuero, el juicio y la inhabilitación de López Obrador --derrotarlo sin tener que llegar a las urnas--, es una decisión donde el velo de la legalidad no alcanza a tapar la absurda desproporción entre la supuesta causa de la acusación --intentar abrir una calle para dar acceso a un hospital-- y lo que está en juego: la legitimidad de la elección presidencial por venir.

Lo Maquiavélico.- Es aquí y ahora cuando el presidente Fox muestra que en su segunda carrera --la política, pues la primera fue la administración de empresas-- ya aprendió lo esencial del arte de Maquiavelo: que en la búsqueda, retención y consolidación de un poder recién ganado, se deben usar todos los medios, sin importar su naturaleza ética. No deja de llamar la atención que este maquiavelismo foxista se use justamente para limitar, sino es que para acabar, con lo mejor del foxismo original: su compromiso con la democracia política y la renovación moral de México. En efecto, el presidente y su círculo íntimo, lo mismo que la dirigencia del PRI, suponen, y suponen bien, que si en las boletas electorales del 2006 no aparece el actual Jefe de Gobierno capitalino, la posibilidad de un triunfo electoral de la izquierda simplemente se desvanece, pues hoy las encuestas muestran que ningún otro posible candidato del PRD tiene el atractivo de López Obrador. Sin AMLO como portaestandarte de la izquierda, el PRD no pasará de refrendar, en el mejor de los casos, la marca histórica de ese partido: entre el 15% y el 17% del voto total.

La Desconfianza.- Las elecciones para seleccionar a los representantes políticos de nuestra sociedad se introdujeron en las postrimerías del régimen colonial, en 1812-1813. Según Virginia Guedea, esas fueron unas elecciones inocentes. El virrey no pensó en alterarlas porque tampoco imaginó que los electores fueran a mostrar una vocación por la

independencia y no eligieran a esas personalidades que la autoridad virreinal había señalado como dignas de ostentar el cargo. La sorpresa y el desagrado ante los resultados de unos comicios en que triunfaban los que “no debían” --incluidos algunos “Guadalupes” e indígenas en la Ciudad de México--, hizo que la práctica no se volviera a repetir (Virginia Guedea, “Las primeras elecciones populares en la Ciudad de México, 1812-1813”, Estudios Mexicanos, invierno de 1991, pp. 1-28). Cuando tras una cruenta guerra civil México logró su independencia, entre el bagaje político de sus dirigentes, se contaba ya una gran desconfianza frente a las “clases peligrosas”, es decir, los descontentos y los pobres, que eran la mayoría de la nación.

A lo largo del siglo XIX, las elecciones, en la medida en que las hubo, fueron ejercicios sin sentido. Porfirio Díaz, con el uso del ejército y de los “jefes políticos” perfeccionó un arte ya practicado por Benito Juárez: el de controlar las mesas electorales para predeterminar los resultados, aunque de tarde en tarde y pese a todo, en elecciones locales, la oposición producía resultados que requerían ser anulados por alguno de los medios a disposición del poder. En suma, y por lo que a conducta electoral se refiere, las clases peligrosas debieron ser controladas.

La Revolución Mexicana nació de un compromiso explícito a favor de un cambio, a favor del “sufragio efectivo”, pero desde el inicio se violó ese compromiso. Y lo conquistado por la fuerza de las armas, no se perdería en las urnas. Como en el Porfiriato, el calendario electoral del nuevo régimen se observó puntualmente, pero nunca se dejó realmente en manos de los electores el resultado final, sobre todo después de la creación del PNR en 1929, que en sus transformaciones en PRM y en PRI. El partido de Estado fue una máquina casi perfecta para producir resultados electorales a petición de sus jefes.

La inutilidad de la lucha electoral, especialmente después de los fraudes de 1940 y 1952, llevó a una parte de la izquierda a buscar una salida al estancamiento de la vida política por la vía de las armas. Finalmente, el fin de la “Guerra Fría” y el avance de la “Tercera Ola Democrática” en el mundo abrieron el espacio que en el 2000 convirtió en realidad lo largamente deseado como forma de modernizar y civilizar la vida política mexicana: elecciones entre opciones significativamente diferentes y con resultados creíbles. Desafortunadamente, lo que no cambió, y lo vemos ahora, es la desconfianza de los herederos del virrey Venegas en las decisiones políticas de la mayoría.

Trocar lo Nuevo y Relativamente Bien Hecho por lo Antiguo y Desprestigiado.- La ciudadanía y la oposición en México gastaron enormes recursos humanos y políticos para llegar a tener en 1997 y, sobre todo, en el 2000, un buen mecanismo electoral. Pese a tener estancada su economía, México gastó –y gasta-- una fortuna para mantener al IFE y al sistema de partidos como un sistema capaz de llevar la lucha política por cauces institucionales y evitar que se desborden las duras contradicciones entre los intereses de clase, grupo y regiones. Sin embargo, el miedo del presidente y de las cúpulas que le rodean, les llevó a decidir que el conflicto político con su gran adversario debería conducirse por el único camino donde tenían asegurada la ventaja. El camino a las urnas que diseñaron antes pasa por la Cámara de Diputados primero, y el sistema judicial después, para inhabilitar al contrincante real. Concientemente se dejó de lado la estupenda ruta del sistema electoral recién construido y, en cambio, se prefirió acudir a instituciones y estructuras absolutamente desprestigiadas, sin credibilidad.

Y esto último no es exageración; la encuesta de opinión reciente llevada a cabo por María de las Heras, muestra que confían realmente en los diputados y en los jueces apenas el 4% y el 12% de los mexicanos, respectivamente. Más aún, el 64% desconfían mucho o

totalmente de esos diputados en cuyas manos se puso el destino de nuestra democracia, (Milenio Diario, 30 de marzo). Que cada quien saque las conclusiones de lo que implica la decisión tomada por el presidente, el PAN y el PRI. A mi juicio, y desde la perspectiva del proceso de la consolidación de la democracia, se cambió oro por un puñado de cacahuates.